

La revuelta de Ilocos de 1807

POR

ROBERTO BLANCO ANDRÉS

La rebelión de Ilocos de 1807 forma parte de un ciclo de inquietudes y revueltas vividas en el mundo campesino de los primeros años del siglo XIX. La historiografía contemporánea no la ha prestado la atención suficiente, limitándose a repetir, en el mejor de los casos, cierta documentación parcial. Aportamos en este artículo un estudio crítico, contextualizado y en profundidad de los informes elaborados por los párrocos agustinos, testigos de los sucesos, reconstruyendo los orígenes y desarrollo del alzamiento, presentando a sus protagonistas y analizando sus motivaciones verdaderas, más amplias de las habitualmente señaladas en el estanco del vino basi.

The Ilocos Revolt of 1807

The Ilocos Rebellion of 1807 is part of a cycle of unrest in the peasant world of the early nineteenth century. Contemporary historiography has not paid adequate attention, simply repeating, in the best case, some partial documentation. In this study we report a critical, contextualized and in-depth reports by the Augustinian priests, witnesses of the events, reconstructing the origins and development of the uprising, featuring its characters and analyzing their true motivations, usually broader than that indicated in the monopoly of basi wine.

Introducción

En 1807, cuando Filipinas vivía bajo el temor de la llegada de una escuadra inglesa, estalló una insurrección en el norte de Luzón, en la provincia de Ilocos. La rebelión cogió prácticamente por sorpresa a todo el mundo. Hubo un conato inicial rápidamente sofocado, pero un mes más tarde, en septiembre, resurgió con mucha más fuerza, creciendo a medida que pasaba de un pueblo a otro y bajo el liderazgo de varios cabecillas. Algunos estudiosos

han bautizado aquel episodio como la “Rebelión del Basi”. El basi es un vino ilocano de caña dulce cuyo consumo se había visto dificultado, según parece, después de que el Gobierno lo hubiese estancado unos años atrás. Por tanto, la denominación tradicionalmente dada al levantamiento no es incorrecta, pero las protestas de los rebeldes no sólo estuvieron motivadas por los problemas generados por el consumo del basi. Hubo también otras razones, que contribuyeron al alzamiento, como veremos en este estudio.

Sigue siendo muy poco lo que se conoce sobre esta revuelta en la actualidad. La escasa historiografía contemporánea que la ha prestado alguna atención apenas ha avanzado sobre lo que en su momento explicaron los autores decimonónicos. En este artículo hemos acudido a los informes originales elaborados por los párrocos agustinos de Ilocos sobre el alzamiento, que fueron editados por el historiador agustino Gregorio de Santiago Vela en 1919-1920, basados en una documentación ya desaparecida, o al menos no encontrada. Lamentablemente este material no ha trascendido en su justa medida. Los documentos publicados por el P. Vela proporcionan un caudal de noticias de la insurrección muy valioso y detallado, posiblemente el más amplio sobre los sucesos de septiembre de 1807. Aquí hemos intentando entenderlos mejor, realizando una contextualización general y analizando su estado de la cuestión.

1. Filipinas a comienzos del siglo XIX: la amenaza del inglés

Filipinas a comienzos del siglo XIX vivía muy pendiente de los cambios geopolíticos que se estaban produciendo en Europa. Desde la firma de los tratados de San Ildefonso (1796 y 1800) la monarquía de Carlos IV se había vinculado de modo muy directo con la Francia post revolucionaria y napoleónica. La base de esta conexión había nacido de la política impresa por el omnipresente Manuel de Godoy, basada en la desconfianza hacia Gran Bretaña, estimada como una amenaza potencial hacia el extenso imperio hispánico. La sumisión a los designios de París expuso a España a numerosos enfrentamientos con los británicos, algunos de los cuáles fueron exitosos, como ocurrió con la victoria de Santiago Liniers frente al doble intento de Londres de apoderarse de Buenos Aires, pero otros concluyeron en estrepitosas derrotas, como dieron cuenta los combates marítimos del Cabo de San Vicente (1802) o Trafalgar (1805).

Al otro lado del mundo, la situación en Europa se tradujo en Filipinas en una especie de temor generalizado, ante la posibilidad de una invasión inglesa. Aprensión que no era en absoluto descabellada, pues aún estaba en la memoria colectiva la ocupación inglesa de Manila entre 1762 y 1765 (Guerra de

los Siete Años), como los daños irreparables que había acarreado a todos los niveles. Por todo ello, era obligación de los gobernantes tener preparadas las defensas del archipiélago. La misión comenzó correspondiendo al capitán general Rafael María Aguilar, que desempeñó la administración más longeva de todo el período de dominio español. Desde 1794 el gobernador había planificado la defensa contra las acciones de los piratas musulmanes. Si bien sus afanes terminaron dirigiéndose fundamentalmente a una reorganización geoestratégica de las islas para hacer frente a un hipotético ataque inglés. A tal fin perfeccionó las defensas de Cavite, ubicó baterías en diversos puntos de Manila, armó un regimiento de diez mil soldados, estableció una comandancia de marina y un apostadero en la isla del Corregidor, junto con la flota de Visayas, dirigida por Ignacio María de Álava¹. La organización pronto resultó oportuna. En 1804 hay constancia de un enfrentamiento en el archipiélago, a la altura de San Jacinto, entre un barco francés y otro inglés². El combate naval despertó todas las alarmas. El sustituto de Aguilar en el cargo, el interino Mariano Fernández de Folgueras, prosiguió las tareas de su predecesor. Después de firmar un acuerdo de paz con el sultán de Mindanao, retiró tropas del sur y las concentró en Manila ante el convencimiento de la pronta llegada de los ingleses³. Fue en ese momento, con las autoridades inmersas en estos preparativos, cuando se produjo el estallido de una rebelión en el norte de Ilocos, que, inevitablemente, desplazó hasta allí todo el foco de atención.

La región de Ilocos había sido prácticamente desde el principio de la evangelización y conquista de Filipinas un territorio administrado por la provincia de agustinos calzados, llamada del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas. La Orden de San Agustín, pionera en el archipiélago, continuaba siendo a principios del siglo XIX quizá la más numerosa de las que entonces misionaban en el país. A la altura de 1802 contaba con noventa y dos religiosos que administraban en torno a seiscientas veintisiete mil quinientas una almas⁴. Estos años fueron especialmente complicados para las corporaciones religiosas de Filipinas, debido a la clamorosa disminución de las misiones procedentes de España. La escasez de operarios estaba obligando a las distintas religiones a ceder numerosos curatos a lo largo y ancho del país. Los agusti-

¹ BLANCO ANDRÉS, Roberto, *Rafael María Aguilar*, en CABRERO FERNÁNDEZ, Leoncio-LUQUE TALAVÁN, Miguel-PALANCO AGUADO, Fernando, *Diccionario histórico, geográfico y cultural de Filipinas y el Pacífico*, I, AECI-Fundación Carolina, Madrid 2008, 25-27.

² MAS, Sinibaldo, *Informe sobre el Estado de las islas Filipinas en 1842*, I, Madrid 1842, 49.

³ MOLINA, Antonio M., *Historia de Filipinas*, I, Ediciones Cultura Hispánica, Instituto Cooperación Iberoamericana, Madrid 1984, 193.

⁴ APAF, leg. 98/7, Manila, 6-VII-1802, Manuel Aparicio, provincial.

nos no fueron una excepción a esta coyuntura. Entre los años 1795 y 1806 tuvieron que ceder a las distintas diócesis filipinas hasta una treintena de ministerios, en territorios como Samar, Leyte, Antique, etc⁵. En ocasiones el proceso llevó aparejado serias tensiones, motivadas por el deseo del clero secular, y algunos obispos, de facilitar la participación del presbiterado diocesano de un modo más amplio en la vida espiritual del país. Es lo que ocurrió con el cabildo catedralicio de Manila en sede vacante del cambio de siglo, ansioso por secularizar ciertos curatos regulares en las proximidades de la capital, o con el obispo agustino Pedro Blaquier, que junto al citado cabildo había conseguido una cédula real de secularización de varios ministerios de la archidiócesis de la capital y de la diócesis de Nueva Segovia⁶. La capitanía general de Filipinas nunca vio con buenos ojos esta retahíla de secularizaciones, que a ojos prácticos significaba la disminución de la presencia española y el incremento de la nativa (los curas seculares eran en su inmensa mayor parte filipinos), razón por la que anuló las disposiciones conseguidas con tanto denuedo por el cabildo metropolitano y el mitrado Blaquier. El entonces gobernador, Rafael María Aguilar, con motivo de la secularización de ciertas parroquias de Ilocos, había llegado a ordenar que aunque no hubiese frailes agustinos para cubrir las vacantes, que la cesión a los clérigos diocesanos nunca fuese a efectos de propiedad, sino en carácter de interinidad, soslayando la prohibición canónica de alargarlas indefinidamente. Y esto lo justificaba, precisamente, por la utilidad que se seguía de tener a los agustinos al frente de las parroquias ilocanas:

“La provincia de Ilocos produce con abundancia, mayormente en el día, los víveres y efectos más útiles y necesarios para el comercio y urgencias de esta capital, con la especialidad de que, no desgraciándose la cosecha del arroz, tienen suficiente provisión estos reales almacenes para las atenciones de primera necesidad; y todo este cúmulo de recursos apreciables no se encontraría en aquel partido, si los pueblos que administran los agustinos estuvieran encargados al clero de Nueva Segovia, adonde corresponde, ni estarían sus iglesias tan hermosas y decentes como las demás que tienen en sus diferentes administraciones”⁷.

⁵ BLANCO ANDRÉS, Roberto, *La administración parroquial de los agustinos en Filipinas: Escasez de religiosos y secularización de curatos (1776-1829)*, en *Archivo Agustino* 87 (2003), 211.

⁶ Puede consultarse: BLANCO ANDRÉS, Roberto, *El cabildo eclesiástico de Manila y la defensa de los derechos del clero secular de Filipinas*, en *Philippiniana Sacra* 39 (2004), 119-143.

⁷ FITO, Tomás, *Documentos interesantes acerca de la secularización y amovilidad de los curas regulares en Filipinas*, Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, Madrid 1897, 113-14.

Lo cierto es que a pesar de estos intentos de la capitanía general los agustinos tuvieron que deshacerse de varias parroquias en Ilocos, aunque se trató de entidades menores y de visitas, para disgusto de Eustaquio Benson, provisor eclesiástico de la diócesis neosegoviana.

2. La rebelión de Ilocos de 1807 y los informes agustinos en torno a los sucesos: las razones del alzamiento

En 1807, mientras el archipiélago parecía temer la llegada de una escuadra inglesa, estalló una rebelión en la parte norte de la provincia de Ilocos, servida espiritualmente en su mayor parte, como queda dicho, por la provincia de agustinos calzados. Tradicionalmente la insurrección se ha relacionado con la protesta contra el estanco gubernamental del popular vino basi, sin entrar en mayores razones aquellos autores que la han referido o intentado aportar alguna información. Después de estudiar en profundidad los informes que aquí citamos, sencillamente constatamos como cierta esta motivación, pero también apuntamos otras que estuvieron presentes –como deducen sus testigos– y que nunca se han tenido en cuenta para su cabal comprensión.

La política de los estancos se elaboró por primera vez en la penúltima década del siglo XVIII, como parte de un paquete de medidas en las más diversas áreas. En los años ochenta el gobernador José de Basco y Vargas, con el propósito de reforzar y rentabilizar el dominio sobre el archipiélago, proyectó un programa de reformas a gran escala. A tal fin, se aplicaron una serie de medidas en el ámbito político, con la instauración de un gobierno centralizado, y la transformación de la administración local del archipiélago, encaminado a fortalecer el poder del gobernador general y acabar con la delegación de poderes característica de los siglos anteriores. También hubo transformaciones en el plano militar, con la reorganización del ejército, el incremento de la marina, y la mejora de las defensas insulares. Mientras que en la órbita económica se buscó la autosuficiencia, para lo que se extendió el tributo indígena, multiplicándose por siete, se creó la Compañía Real de Filipinas, para el fomento de la agricultura y el comercio, y, sobre todo, se procedió al establecimiento del estanco en el tabaco y en los licores nativos de nipa y coco. Estancos en la producción y en la venta que durante décadas aportaron enormes beneficios y fueron los principales soportes de la administración hasta finales del siglo XIX, hasta el punto de que a la altura de 1859, el sistema de estancos, especialmente el del tabaco, llegó a proporcionar el 71.8% de los ingresos totales de la colonia⁸.

⁸ ELIZALDE PÉREZ-GRUESO, María Dolores, *Sentido y rentabilidad. Filipinas en el marco del Imperio español*, en ELIZALDE, M. D., (ed), *Repensar Filipinas. Política, identidad y religión*

Desde los primeros años de su aplicación (1781 para el tabaco y 1786 para los licores), el estanco sobre los alcoholes nativos produjo resultados espectaculares: de los 56.199 pesos generados en 1787 se pasaron a los 150.000-200.000 de la primera década del siglo XIX⁹. Pero, con todo, los funcionarios de hacienda encontraron abundante contrabando que originaba severas mermas al monopolio estatal. El intento de atajarlo produjo serias inquietudes en la provincia de Ilocos, región de conocida tradición levantisca, como daba fe el levantamiento de Diego Silang durante la ocupación inglesa de Manila¹⁰. En 1788 estalló una rebelión motivada por ciertos abusos en la represión del tráfico clandestino destinado a garantizar el control del estanco del tabaco. El malestar puso en pie a varios miles de ilocanos de Laoag y Piddig, y terminó con la ejecución de once cabecillas¹¹. Varios párrocos agustinos de la provincia mediaron entonces para que la rebelión no fuera a mayores, destacándose especialmente el P. Agustín Blaquier –futuro obispo de Nueva Segovia– y el P. Juan García, que con su crucifijo consiguió aplacar a la multitud¹².

De las cuatro rebeliones ilocanas relacionadas de alguna manera con la cuestión de los estancos es seguramente la de 1807 la que menos conocemos. Hasta hoy siguen siendo muy escasos los historiadores, no ya que la hayan referido, sino que la hayan siquiera explicado mínimamente. La mayoría de los libros, o artículos, que la mencionan, la citan únicamente de pasada como una protesta contra el estanco del basi, pero no dicen absolutamente nada sobre su desarrollo puntual, fases, sucesos o protagonistas.

en la construcción de la nación filipina, CSIC-Casa Asia, Edicions Bellaterra, Madrid 2009, 64-65.

⁹ FRADERA, Josep M., *Filipinas, la colonia más peculiar. La hacienda pública en la definición de la política colonial, 1762-1868*, CSIC, Madrid 1999, 109.

¹⁰ Para el levantamiento de Diego Silang véase: PALANCO AGUADO, Fernando, *Diego Silang's Revolt: a new approach*, en *Philippine Studies* 50 (2002), 512-537. Para una perspectiva posterior puede consultarse: STURTEVAN, David R., *Popular Uprisings in the Philippines 1840-1940*, Ithaca and London, Cornell University Press, London 1976. Tenemos también constancia de que en 1661 se produjo un alzamiento de los naturales de Bacarra (Ilocos Norte) en la que se asesinó al párroco agustino José Arias. RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Isacio, *Historia de la provincia agustiniana del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas*, II, Manila 1966, 228-233.

¹¹ FRADERA., *Filipinas, la colonia más peculiar*, 111. Más información en: *Archivo Nacional de Filipinas* (ANF), Sublevación Ilocos, 1816, Rare Books. “Rebelión de 1788. Expediente sobre las comunicaciones del Alcalde mayor de Ilocos y Obispos de Nueva Segovia manifestando los recelos que tenían de una posible sublevación encabezada por uno llamado Antonio de la Cruz, alias Gusing... Manila, 27 de noviembre de 1788 ms, 6 fols, papel de arroz, 31 x 20 ½ cms.

¹² ARTIGAS Y CUERVA, Manuel, *Historia de Filipinas para uso de los alumnos del Instituto Burgos y de otros colegios particulares*, Impr. “La Pilarica”, Manila 1916, 274-275. APAF, leg. 496. Agradezco el envío de esta información a Fernando Palanco Aguado.

La principal fuente de información que tenemos sobre los sucesos ilocanos de 1807 proviene de un legajo que existió –o que existe y ahora no está localizado– en el archivo del monasterio de San Agustín de Manila. El documento se generó por la solicitud de información de lo acontecido por las autoridades civiles a los párrocos agustinos de la demarcación. El 11 de noviembre de 1807 el vicario provincial agustino, Justo Cañón, escribió una circular a sus religiosos para que le remitiesen cómo habían procedido durante el alzamiento y todas las noticias sobre lo que habían visto o vivido. El P. Cañón trataba de ilustrarse al máximo de cara a su próxima reunión con el alcalde mayor de Vigan, Alonso Corrales y Lema, y el oidor de la Audiencia. Exigía a sus párrocos que en sus informes pusiesen de relieve su servicio a “ambas majestades” (Iglesia y Estado) y, así de paso, según señalaba “disipar de todo punto varias sospechas y voces que sin fundamento corren por Vigan, donde la gente ociosa ha tratado de culparnos”. De la misma manera, el vicario provincial solicitaba que las dos autoridades, alcalde y oidor, que tenían previsto un recorrido por diversas localidades ilocanas, fuesen recibidas con regalo y agasajo, y que los ministros agustinos fuesen especialmente precavidos en la propuesta de oficiales o gobernadorcillos que no tuviesen ninguna tacha legal para el proceso inminente de la elección¹³.

Parece ser que toda esta información fue vista y trabajada en el monasterio de San Agustín por algunos historiadores durante el siglo XIX, concretamente Sinibaldo de Mas y José Montero y Vidal, pero ambos, en sus obras, se limitaron a mencionar algún testimonio parcial y realizar una brevísima descripción. Así las cosas, toda la documentación no vio la luz hasta 1919-1920. El responsable fue el bibliógrafo agustino Gregorio de Santiago Vela, que trabajó los informes valiéndose de una copia de un pendolista indio del

¹³ Advertimos que el tono del P. Cañón no era únicamente prudente o comedido por ser ésta la forma habitual -recargada con la tradicional prosa copiosa del siglo decimonono- en que se dirigía a sus súbditos. Más bien, deducimos que detrás de su comunicación se buscaba un entendimiento cordial en el ejercicio de sus funciones con el alcalde Alonso de Corrales, antiguo amigo de los agustinos -fue admitido como hermano de la Orden en la congregación intermedia del 12 de abril de 1804 (APAF, leg. 38a, ff. 77r-78v)-, con quien la provincia andaba ahora metida en ciertos pleitos y enfrentamientos surgidos en los últimos años. De alguna manera, la cuestión entre el alcalde y la corporación había comenzado con las denuncias del agustino Manuel Miranda de los abusos supuestamente perpetrados por el señor Corrales en el estanco del tabaco. Y se habían complicado notoriamente desde que en abril de 1807 –antes por tanto de la insurrección de Ilocos– el expresado Miranda fuese implicado en un homicidio, por el que estuvo encarcelado un tiempo. RODRÍGUEZ, *Historia de la provincia*, XII, 122-124; APAF, leg. 38a, ff. 89v-99r, 2-IV-1807, definitorio privado, Joaquín Martínez de Zúñiga, provincial; Ambrosio Otero, definidor; Hilarión Díez, definidor; Dionisio de Santa María, definidor; Andrés Vehíl, definidor; Fulgencio Saiz, definidor.

original existente en Manila¹⁴. El documento se publicó en la revista *Archivo Histórico Hispano Agustiniiano*, en sus volúmenes XI, XII y XIII, con el título genérico “Papeles sobre asuntos filipinos. Alzamientos de Ilocos de 1807”, incluyendo breves anotaciones a pie de página, con advertencias sobre erratas ortográficas, y una serie de indicaciones en torno al manuscrito original¹⁵. En 1967 el P. Isacio Rodríguez publicó la referencia del trabajo de Vela en el tercer volumen de su *Historia de la provincia agustiniana del Smo Nombre de Jesús de Filipinas*, lamentando no haber podido encontrar el original en el archivo en que se decía que estaba, en San Agustín de Manila, y añadiendo de paso, nuevas referencias bibliográficas y noticias sobre la rebelión de 1815¹⁶.

Para nuestra sorpresa, la publicación de Vela, “rescatada” y ubicada en su contexto bibliográfico por el P. Isacio hace más de cuarenta años, no ha sido conocida por un buen número de historiadores españoles y filipinos que han tratado de explicar, en mayor o menor profundidad, los sucesos de Ilocos de 1807. Pero no sólo eso, ni siquiera los historiadores de la propia Orden de San Agustín han estudiado al detalle los pormenores de aquel alzamiento según el relato editado por Vela. De algún modo, a pesar de la parquedad con que los recogen, el tiempo transcurrido y ciertas inexactitudes, los libros de Montero y Vidal y Si-

¹⁴ El agustino Jorde vio la copia en el archivo de San Agustín de Manila, refiriendo que tenían una extensión de 40 páginas en folio. JORDE PÉREZ, Elviro, *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos agustinos de la Provincia del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas*, Establecimiento tipográfico del Colegio de Santo Tomás, Manila 1901, 368.

¹⁵ SANTIAGO VELA, Gregorio, *Papeles sobre asuntos filipinos. Alzamientos de Ilocos de 1807*, en *Archivo Histórico Hispano Agustiniiano*, 11 (1919,) 247-254, 312-319, 377-385; 12 (1919), 39-44, 148-157, 206-215, 269-276; 13 (1920), 153-171. Así decía el P. Vela sobre la calidad del material: “para la publicación de esta historia individual y fragmentaria de la insurrección de los ilocanos en 1807, nos valemus de una copia de un pendolista filipino, del original conservado en nuestro Archivo Provincial de Manila. Dicha copia es muy deficiente, pues aparte de las erratas ortográficas, tan comunes de los escribientes del país, se hallan con frecuencia palabras o frases ininteligibles por su significado, que no pueden compaginarse con el relato del texto. Como no tenemos presente el original, se ha corregido todo aquello cuyo sentido no se alcanza, ajustando fielmente las enmiendas a la verdad histórica que se desprende de los relatos particulares de los informante”: *ArchAg* 11 (1919), 247, nota 1. Vela también incluyó en su publicación algunas anotaciones aclarando diversas afirmaciones gratuitas sobre el informe del P. Abella, que fue recogido en HERRERO, Casimiro, *Apuntes interesantes sobre las islas Filipinas*, Imprenta del Pueblo, Madrid 1869, 50; MONTERO Y VIDAL, *Historia general de las Islas Filipinas*, II, 387; BLAIR, Emma Helen-ROBERTSON, James A., *The Philippine Islands. 1493-1898*, XLIV, Cleveland 1903-1909, 376; y en el artículo titulado *La insurrección de Filipinas por un español de larga residencia en aquellas islas*, en *Política de España en Filipinas* 1 (1891), 44-54.

¹⁶ RODRÍGUEZ, *Historia de la provincia*, III, 370-373. El P. Isacio consideraba que los escritos originales podrían tener muchos errores de tipo ortográfico, que advirtió en su momento el P. Justo Cañón, al señalar que no los había podido corregir por falta de tiempo, y que se podían haber incrementado en la segunda copia que trabajó Vela en *Archivo Histórico Hispano Agustiniiano*.

nibaldo de Mas han constituido la principal fuente de consulta de esos hechos. Por todo ello, el conjunto de informes transcritos por Vela siguen siendo el principal referente impreso para conocer la rebelión ilocana de 1807, y en él nos basaremos mayormente para relatar detalladamente aquellos hechos.

Tenemos, en total, doce informes. Once de ellos fueron remitidos por frailes agustinos de las localidades ilocanas en donde eran párrocos. El otro pertenece al provincial, Joaquín Martínez de Zúñiga, y fue escrito algo más tarde que el resto (figura 1). A todos ellos habría que sumar el del alcalde de la provincia de Ilocos, también publicado por Vela, por estar insertado dentro del mismo legajo. Toda la documentación nos ha permitido realizar una reconstrucción bastante digna y abundante de los sucesos de Ilocos de 1807. Los papeles tienen un valor desigual: unos insertan narraciones muy detalladas, al milímetro, reproduciendo hasta conversaciones tenidas con los cabecillas de la insurgencia gracias al poco tiempo que había transcurrido entre el estallido (septiembre) y su redacción (noviembre); mientras que otros son sumamente imprecisos, y, en ocasiones, no indican ni siquiera el día exacto en que ocurre lo que narran. Pero todos ellos, de un modo u otro, tienden a complementarse, lo que nos ha facilitado la labor de reconstrucción de la mayor parte de los doce días que duró la sublevación.

Figura 1. *Los informes de los párrocos agustinos sobre la insurrección de septiembre de 1807*

INFORMANTES	FECHA
Juan Arriortua	6-XI-1807
Justo Hermosa	6-XI-1807
Agustín Díez	15-XI-1807
Antonio García	15-XI-1807
Manuel Salcedo	17-XI-1807
Vicente Febres	17-XI-1807
Manuel Arnáiz	22-XI-1807
José Nieto	22-XI-1807
Francisco Antonio Abella	24-XI-1807
Ramón López	24-XI-1807
Andrés Rodríguez Castaño	27-XI-1807
Joaquín Martínez de Zúñiga	28-VI-1808

Los documentos deben ser leídos con espíritu crítico. Aunque ya lo advirtió someramente el P. Vela, lo cierto es que los párrocos agustinos, de un modo o de otro, quieren dejar bien claro que hicieron todo lo que estuvo de sus manos para evitar la rebelión, desarrollando una enérgica actitud desde que conocieron su existencia, y sofocarla una vez que estuvo en marcha. Esto no quiere decir que no tenga que ser falso lo que narren, pero sí que, en ocasiones, pueden llegar a endosarse un protagonismo determinante o que exageren determinados hechos.

Por todo lo expuesto hasta ahora, podemos sentenciar que los informes agustinos continúan constituyendo la fuente primaria más importante para la reconstrucción de los sucesos de Ilocos de 1807. Gracias a ellos, podemos reconstruir de un modo bastante aceptable el desarrollo de la rebelión, como reconocer a sus protagonistas más destacados. Inicialmente el alzamiento estalló en Piddig, desde el que un grueso de insurgentes se dirigió hacia los pueblos más próximos, para ir sumando nuevos efectivos. Partió de Piddig en dirección a Laoag para descender hacia el sur, con el propósito de llegar a Vigan, capital de la provincia de Ilocos, para exponer ante la autoridad competente los motivos que lo habían provocado. Inicialmente podría haber tenido el carácter de una marcha pacífica de protesta, pero su desobediencia primero, y su progresivo carácter violento después, mediando un fuerte choque armado, la conceptualizan como una insurrección en toda regla.

La sublevación de Ilocos no tuvo en ningún momento un carácter independentista. Su propósito real fue exigir al Gobierno que tomase medidas en torno a la indiscriminada recluta de las quintas, evitar las vejaciones denunciadas de los empleados de los estancos, y abolir las rentas sobre el basi, por el que los ilocanos tenían que comprarlo al Estado, cuando antes lo producían libremente. Además, se daba la paradoja de que esta prohibición se hacía más gravosa cuando a veces, por diversos problemas de abastecimiento, o alto consumo, no había ninguna clase de vino a la venta en los estancos habilitados al efecto, con lo que los consumidores se encontraban no ya con que no podían producirlo, sino tampoco comprarlo¹⁷. Las quejas en torno al basi venían de atrás, a pesar de que el alcalde mayor no quisiese verlas –de hecho las niega en su informe¹⁸–. En 1806 se habían dado ciertos disturbios en San Ni-

¹⁷ MONTERO Y VIDAL, *Historia general*, II, 386. ARTIGAS Y CUERVA, *Historia de Filipinas*, 286-290; CONSTANTINO, Renato, *A history of the Philippines, from the Spanish colonization to the Second World War*, Monthly Review Press, New York-London, 130-131.

¹⁸ Así lo exponía el alcalde mayor, omitiendo sucesos que referiremos a continuación: “la Renta del tabaco, pues a pesar de su establecimiento, todos gozan de una absoluta libertad en el uso de este género, y sin que en ello reciban ningún vejamen ni agravio. Lo mismo puede

colás en los que un grupo de amotinados destruyeron el camarín donde se almacenaba el vino e intentaron matar al fiel del ramo, que sólo se salvo porque los agustinos le proporcionaron un caballo para huir¹⁹.

El provincial agustino Joaquín Martínez de Zúñiga, en visita a Ilocos, tan sólo seis meses antes de la insurrección, constató las quejas por las carencias de suministro del vino en la zona, en menor medida que las relativas al tabaco, así como las extorsiones de los oficiales del estanco. Resulta muy interesante el análisis a posteriori que realiza el prior sobre las causas que incitaron a la rebelión, como las sugerencias que expone para tratar de evitar otras nuevas en el futuro. Martínez de Zúñiga consideraba que convenía vender el tabaco en rama, para mitigar de alguna manera la pésima calidad de este producto en la zona²⁰, y que el estanco del basi no había sido acertado, porque había implicado exacciones injustas también en la producción de vinagre, pero que ya no procedía desestancarlo porque podría entenderse como una cesión ante los rebeldes. Pero el provincial fue más allá en sus reflexiones, incidiendo entre las causas que habían agravado el alzamiento, en realidades que aflorarían en otra insurrección unos años más tarde. El religioso afirma que el dominio absoluto de los principales sobre los *cailianes*, nombre con el que se denominaba en esta región a la clase popular o plebeya, había contribuido a agravar la extensión del alzamiento. La principalía se había arrogado el control de los cargos más importantes de las comunidades, incluso de modo

decirse de la del vino, pues estando bien surtidos los estancos, les resulta mayor ventaja, y les tiene más cuenta el establecimiento de esta Renta, pues de no existir ésta, carecen de vinos los pueblos, y más en tiempo de aguas en que es muy dificultoso conseguir no poder venir de Pangasinan, en cuyo caso les cuesta más precio que el señalado por la Renta”: SANTIAGO VELA, *Papeles sobre asuntos filipinos...* 12 (1919) 212.

¹⁹ Noticia proporcionada en el informe del provincial Martínez de Zúñiga, a quien por cierto llama la atención la circunstancia de que este episodio se hubiese omitido en las diligencias. Así lo explicaba: “pues aunque acaso se haya suprimido este hecho en las diligencias, aquí está mi secretario que contribuyó mucho a apaciguar esta revolución, que probará que el Padre de Laoag le envió al fiel al pueblo de San Nicolás, donde era ministro, y él le dio caballos para pasarse al pueblo de Batac y ponerse a seguro de los amotinados”: *Ibid.*, 271-172.

²⁰ “El estanco del tabaco no puede menos de tener descontentos a muchos. Es cierto que la Renta nada saca de la Provincia, pero también es igualmente cierto que en ninguna Provincia se vende peor tabaco, o porque se almacena el tabaco estando aún algo húmedo, o porque se moja en el embarco o desembarco, el tabaco está casi hecho tierra y yo lo he visto lleno de agujeros de polilla, que nos podía utilizar sino en pipas o cuacos, como ellos dicen. En desquite, en parte ninguna se permite el contrabando con más libertad que en la provincia de Ilocos; y parece que no tienen motivo los indios para quejarse de esta renta; pero como los guardas suelen hacerles bastantes extorsiones cuando menos lo piensan, y el tabaco de contrabando lo compran muy caro, no hay duda que este estanco contribuye mucho a la rebelión, y la prueba es que en la conmovición que hubo en el año antecedente en el pueblo de Laoag destruyeron la casa del estanquillero”: *Ibid.*, 270.

hereditario, sometiendo a los *cailianes* a “una especie de esclavitud”, prohibiéndoles vestir calzones largos, ponerse chinelas y aún, en ciertos pueblos, no llevar sombreros. Era tal el grado de abatimiento de los *cailianes*, que hasta los más ricos de entre ellos lo tenían casi imposible para entrar en la clase principal. En estas circunstancias parece que ciertos principales desafectos podrían haber canalizado su descontento subrepticamente manipulando a las masas, “fáciles de mover –en palabras del provincial agustino– como las olas del mar”. Sea o no del todo verdadera esta manipulación –en la rebelión de 1815 los *cailianes*, por el contrario, atacarían a los principales de las localidades–, lo cierto es que el superior de la corporación agustiniana estaba en lo cierto al sugerir a las autoridades una mayor promoción social de los sectores oprimidos, y ello aún en contra de la opinión de sus párrocos de Ilocos:

“El mejor medio de disminuir este despotismo de los principales es permitir a los *cailianes* vestirse como gusten, y que los Alcaldes mayores celen sobre esto hasta que se quite esta perversa costumbre, que es constitucional de Ilocos. Asimismo, sería conveniente que anualmente se escogiesen algunos *cailianes* para Ministros de Justicia, y que cuando se forman cabecerías nuevas por aumento se nombrasen por cabezas a los *cailianes* ricos. Confieso que los padres de Ilocos dicen generalmente que esto sería perjudicial, pero sus razones no me satisfacen; y por otra parte se quitaría gran parte de despotismo de los principales sobre los *cailianes* y la rivalidad que hay entre estas dos castas. Se disminuirá la casta de *cailianes* y no tendrá el ánimo que la da la multitud”²¹.

El descontento, por las razones indicadas, llegó a sumar, en doce días, una cantidad de alzados, que, probablemente, alcanzó la cifra de cuatro mil o cinco mil personas. Existe cierto consenso en la documentación en la dirección de la revuelta por un líder principal, Pedro Mateo. Pero también se distinguen otros cabecillas, organizados quizá por agrupaciones según su proveniencia local, como fueron Ambaristo, Anselmo Barad, Alejandro Ventura, Barrigón, Pedro José y Domingo Aguinaldo. Puede que la revuelta fuese espontánea en su concepción, pero una vez que estuvo en marcha fue embridada, con más o menos éxito, por los cabecillas expresados (no es descartable que hubiese más). Los alzados, nombre con el que son denominados en la documentación, pillaron por sorpresa a las autoridades locales, incluidos los párrocos agustinos. Actuaron con rapidez en sus desplazamientos, haciendo numerosa recluta por los pueblos a los que llegaban, y fueron capaces de mostrar un orden en su estructura ofensiva, como demostraron con la derrota de la pequeña tropa que trató de frenarles. Dispusieron de caballería y armamento, forma-

²¹ *Ibid.*, 274.

do mayormente por machetes, arcos y flechas, y algunos fusiles, sables, alabardas y cañones hurtados o conseguidos en enfrentamientos. Representaron, por tanto, una fuerza a tener en cuenta.

Los agustinos, por su parte, fueron unos testigos excepcionales de la revuelta, y, en muchas ocasiones, prácticamente los únicos españoles existentes en las localidades por las que transitaron los alzados²². La rebelión muestra con evidencia el respeto y hasta veneración de que, en líneas generales, eran objeto, aunque algunos descontentos se encararon seriamente con ellos o les mostraron claros signos de desprecio. Los alzados les escucharon y respetaron sus vidas, aunque también es verdad que hubo momentos en los que los religiosos arriesgaron en exceso. Los informes demuestran cómo los frailes estaban muy bien comunicados entre ellos, aún con la rebelión en marcha, y con las autoridades locales (gobernadorcillos) y provinciales. Son muy numerosas las comunicaciones entre las partes, informando de los movimientos de los alzados, hablando de su cantidad, intenciones y armamento. Hay abundantes sugerencias e indicaciones. Aunque en un primer momento la revuelta les cogió desprevenidos y tardaron en reaccionar, fueron especialmente eficaces en el mantenimiento de la lealtad de las autoridades de los pueblos como en la organización defensiva de las localidades de la retaguardia, una vez que los alzados habían partido hacia el sur. Los párrocos se implicaron en la fortificación de las poblaciones –especialmente significativo en casos como Badoc–, coordinaron la defensa entre las localidades, aportaron suministros y munición, redoblaron las comunicaciones y siguieron, mediante espías o confeccionando códigos de señales, los pasos de la turba de Pedro Mateo.

3. El estallido de la rebelión y la marcha hacia el sur

La revuelta comenzó inicialmente en julio de 1807, con la fuga o desertión de unos quintos acantonados en Vigan, capital de la extensa provincia de Ilocos, hacia los montes de Piddig. Parece ser que en su huida se les unieron algunos indios vagabundos y ociosos, y que en conjunto intentaron insurreccionar el cercano pueblo de Sarrat²³. Aunque no consiguieron tomarlo, si que

²² Agradezco al P. Jesús Álvarez Fernández la exhaustiva información proporcionada sobre parroquias y párrocos agustinos de la provincia de Ilocos para los primeros años del siglo XIX.

²³ En su informe sobre la rebelión, el alcalde mayor Corrales enfatizó todo el peso de la insurrección en el modo de realizar las quintas para el servicio militar: “Las quintas ejecutadas con arreglo a la instrucción de este superior Gobierno pueden ser la causa más inmediata de la sublevación, pues les eran y lo son muy evidentes; y si mi exposición en este punto

puieron hacerse con los tambores que cogieron de los *bantays*, o especie de cuerpos de guardia o garitas de vigilancia que existían a las entradas de los pueblos, y retirarse a los montes. La elección de Piddig, localidad de más de seis mil almas²⁴, pudo deberse quizá a la procedencia de él, o de sus proximidades, de una parte importante de los desertores –cuyo número no conocemos–, o por intentar mantenerse apartados de las autoridades en un terreno de “altura desigual y escabrosa”, junto a la gran montaña de la Cordillera (el término ilocano *Pidipid*, del que procede Piddig, significa precisamente “lugar montañoso”²⁵).

El gobernadorcillo del vecino pueblo de Sarrat avisó al alcalde mayor de Vigan, Alonso Corrales y Lema, quien acudió rápidamente a sofocar la rebelión, pero cuando llegó, varios sacerdotes agustinos, junto con los justicias locales, habían reunido a un grupo de nativos leales y perseguido y sometido a los rebeldes, a los que quitaron los tambores. Por todo ello, el señor alcalde consideró extinto el conato insurgente y decidió regresar a la cabecera²⁶.

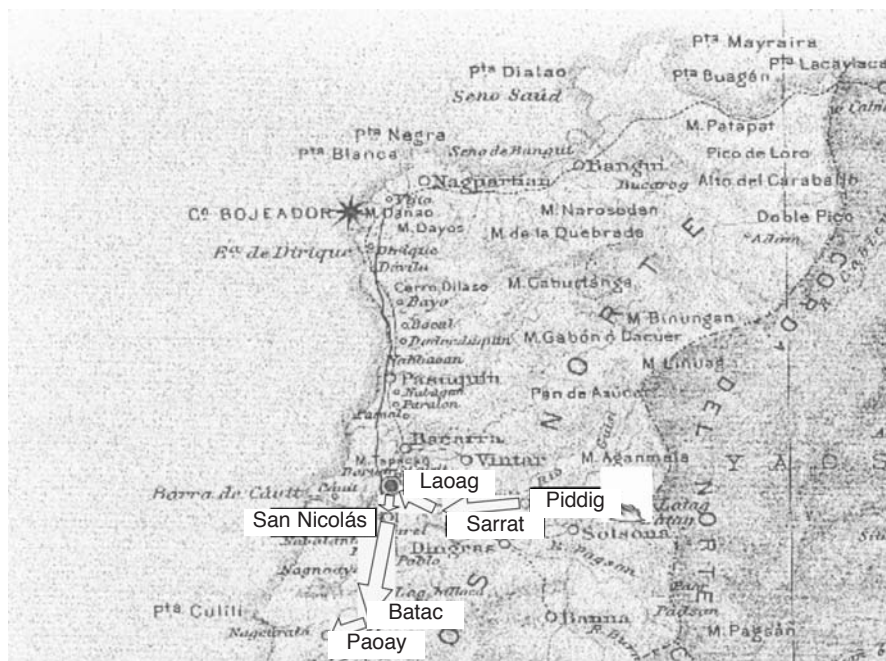
no fuese cierta, podría V.S. mandar informar al Sargento mayor veterano Don Nicolás del Valle, y Ayudante mayor Don José Nevado; pues aunque no hubo la menor disensión en ningún pueblo en los que existen estos dos individuos, no dejamos de conocer la gran repugnancia y odio con que miraban las quintas, observando que en ellos se infería la mayor violencia, siendo prueba de ello el que, además de fingirse cojos, sordos y con otras enfermedades y achaques, que les podían hacer incapaces del servicio de las armas, se ocultaban yéndose a los montes, procurando eximirse de este servicio por quantos medios son imaginables y en confirmación de ello hago presente que estando en aquel año escasisima de arroz la Provincia, al punto de morirse muchos de necesidad, los quintos a quienes se les suministraba el arroz y vianda necesaria, comiendo hasta no querer más, y hasta sobrarles, percibiendo en mano su cuartillo diario, no perdonaban un medio para desertar y volver a la [214] miseria; y si no lo lograban en la Cabecera, procuraban hacerlo en el camino o desde esta capital; y así resulta que de 2.500 hombres que en mi tiempo se remitieron apenas se hallarán de éstos 300 a 400 y, por consiguiente, los dos mil y más desertores que perseguidos en los pueblos, andan fugitivos y exaltados, quienes a la menor insinuación de su principal, resentido de las quintas por tener algún hijo o pariente desertor, por cuya causa se sentirá agraviado, habrá sido la causa y origen de la sublevación”: *Ibid.*, 213-214.

²⁴ En 1802 tenía exactamente 6.354 almas. APAF, leg. 98/7, Manila, 6-VII-1802, Manuel Aparicio, provincial.

²⁵ BUCETA, Manuel-BRAVO, Felipe, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de las islas Filipinas*, II, J. C. de la Peña, Madrid 1850, 401. CÁDIZ, Ernesto Ma.-CURAMENG, Bella C.-EBITHA, Mary Y. Dy, *Ilocos Norte, Gem of the Northern Plains*, Ilokos Research and Information Center Mariano Marcos State University, Batac 1988, 114.

²⁶ Esta información la proporcionan mayormente: MAS, *Informe*, I, 50. MONTERO Y VIDAL, *Historia general*, 385-386. Ninguno de ellos refiere el nombre de los frailes agustinos que participaron en el sometimiento de los alzados, si bien parece lógico pensar que fueron los párrocos del propio Piddig, Agustín Díez, y el de Sarrat, Antonio García. Tampoco ha trascendido ninguna noticia sobre el nombre de los cabecillas, como el destino de los apresados. Ciertamente las noticias siguen siendo escasas.

Figura 2: tercio norte de la provincia de Ilocos. Recorrido de la rebelión²⁷



Los síntomas de inquietud no desaparecieron en el mes siguiente. En los primeros días de septiembre el alcalde mayor dio órdenes al gobernadorcillo de San Nicolás para perseguir a unos forajidos que habían aparecido entre Piddig y Sarrat, varios de los cuáles fueron apresados el día 10²⁸. Pero las detenciones no impidieron que los rebeldes sumasen más efectivos, bien unidos al grupo principal a la fuerza o por propia voluntad. De este modo, el miércoles 16 de septiembre, a eso del mediodía, una multitud de alzados hizo acto de presencia en Piddig, considerándose este día y este lugar el arranque de la rebelión de Ilocos²⁹. Los indicios apuntan a que los instigadores habían sido algunos de los desertores de julio, que bien podrían haber permanecido ocultos en los montes desde que fueron dispersados. El P. Agustín Díez, párroco de Piddig, según él mismo nos cuenta, estaba durmiendo cuando entraron en el pueblo. Sobresaltado por la turba que recorría las calles de la localidad, rá-

²⁷ Fuente: ALGUÉ, José, *Atlas de Filipinas*, Government Printing Office, Washington 1899. Elaboración propia. Debe entenderse Sarrat donde dice San Miguel.

²⁸ SANTIAGO VELA, *Papeles sobre asuntos filipinos*, 11 (1919) 247-248.

²⁹ La fecha también la proporciona MONTERO Y VIDAL, *Historia general*, II, 386.

pidamente intentó que sus feligreses no se uniesen a los revoltosos, como había ocurrido ya con los nativos de Santiago, visita de él dependiente³⁰, y además se encaró con los alzados, increpándolos, porque con su actuación iban “contra (el) rey, contra dios, y contra ellos mismos”. Parece ser que los amotinados no aplicaron una amplia violencia, gracias a que encontraron un apoyo considerable. Después de pernoctar en los alrededores regresaron otra vez al día siguiente. El P. Díez intentó amonestarles nuevamente, pero fue recibido con varias flechas que le obligaron a refugiarse en la iglesia. Seguramente sólo trababan de amedrentarle, más que acabar con su vida, algo que objetivamente podrían haber hecho sin dificultad a tenor de la turba de varios centenares que sumaban ya el día 17. No obstante, las flechas no fueron suficientes para intimidar al agustino, que, buscando un momento de apaciguamiento, pudo congregar a los rebeldes en la casa real, para platicar con su cabecilla, Pedro Mateo. Tras media hora sin llegar a ningún acuerdo, un tal Evaristo, instó al líder principal y al grupo allí reunido a salir de Piddig al galope. Esta circunstancia fue aprovechada por el P. Díez para incitar a sus feligreses a salir en busca de los alzados y enviar avisos a los gobernadorcillos de San Nicolás, Piddig, Santiago y Dingras³¹.

Una vez que el gobernadorcillo de San Nicolás, que tenía comisión del alcalde mayor de Vigan para diligenciar actuaciones contra los alzados desde su aparición, tuvo información de sus movimientos, contactó con los pueblos de Piddig y Laoag para que movilizasen efectivos. El día 18 los insurrectos se encontraban en algún punto entre Piddig y Sarrat, con casi total seguridad en dirección a Laoag. Pero las partidas enviadas desde ambas localidades no dieron con ellos. Los de Piddig, según nos vuelve a contar el P. Díez, porque se retiraron al tener noticia de que no eran suficientes para hacerles frente, y los de Laoag, juntados por su párroco agustino, Manuel Arnáiz, porque no los encontraron de ninguna manera³².

El día 19 entraron auxilios en Sarrat procedentes de San Nicolás, Laoag y Bacarra, avisados los días anteriores, para hacer frente a los rebeldes. En esta feligresía, el párroco agustino José Nieto, cubrió los gastos de la tropa, así como todo el arroz que consumieron. Pero los preparativos de defensa fueron

³⁰ Esta visita distaba de Piddig un cuarto de hora, quedando incomunicado y hasta peligroso el camino en la estación de lluvias. ANF, *Erección de pueblos: Ilocos Sur-Norte 1805-1896*, Exp. 1, ff. 5v; APAF, leg. 98/6-a, f. 1v, 5-V-1806, Agustín Díez.

³¹ SANTIAGO VELA, *Papeles sobre asuntos filipinos*, 11 (1919) 249-250. Así firmaba la relación el P. Agustín Díez: *Razón de lo que he practicado desde que se dejaron ver los desertores alzados, y entraron en el pueblo de Piddig, en donde me hallaba todavía ministro.*

³² *Ibid.*, 312-319.

inútiles³³. Cuando llegaron los alzados gran parte de los auxilios enviados se pasaron a ellos, otros tantos fueron forzados, mientras que el resto se escondieron con el párroco en el convento³⁴. Así las cosas, a lo largo de ese mismo día, y tras la celebración de la misa, partió el P. Agustín Díez con aproximadamente ciento cincuenta refuerzos juntados en su pueblo de Piddig con el propósito de ayudar a sus compañeros de Sarrat, los PP. José Nieto y Manuel Hospital, su coadjutor. No sabemos en qué momento del día alcanzaron el pueblo, pero cuando hicieron su entrada en él los insurrectos habían partido ya en dirección a Laoag. Díez, que no dice nada en su informe de los dos agustinos de Sarrat, decidió, antes de salir, quedarse unas horas de la tarde a la espera de la llegada de nuevos auxilios, que sabía venían de pueblos de las proximidades. Efectivamente, a las pocas horas llegaron en torno a doscientos hombres de Dingras y otros cincuenta o sesenta de Santiago, pero desconfiando de ellos, por creerlos más próximos a los alzados, les dio la orden de que regresasen a sus respectivas localidades³⁵. No lejos de Sarrat, al sur del río Lasag, habían llegado en torno a unos cuatrocientos hombres de Paoay enviados allí por su párroco agustino, Ramón López, pero al ver las deserciones anteriores de los de San Nicolás, Bacarra y Laoag, y no tener suficientes alimentos y ayuda, el 20 decidieron volver nuevamente a su pueblo³⁶.

El domingo 20 de septiembre, en torno a las 11:45, los alzados entraron en Laoag, localidad más poblada del norte de Ilocos con casi veinticinco mil almas³⁷. No encontraron prácticamente ninguna oposición, por lo que consiguieron sumar más simpatizantes a su causa. Acamparon temporalmente en las afueras de la población. En este punto, las fuentes agustinianas identifican tres cabecillas de la insurrección, pero sólo dan dos nombres: el citado Pedro Mateo y un tal [¿Pedro?] Ambaristo (del tercero no se dice nada). Los tres lí-

³³ Para este agustino puede consultarse: HERNÁNDEZ, Policarpo, *Descripción corográfica de la provincia de Ilocos Norte. Un escrito inédito del P. José Nieto, OSA*, en *Archivo Agustino* 88 (2004), 239-300.

³⁴ SANTIAGO VELA, *Papeles sobre asuntos filipinos*, 11 (1919), 39-40. A diferencia de los informes del resto de sus compañeros, el del P. Nieto es uno de los menos precisos en el relato de los sucesos.

³⁵ “Haciéndome el cargo de que esta gente no servía de nada [los recién llegados de Dingras y Santiago], por ser solos y que según ya se había advertido, era aumentar los alzados, hice que se volviesen para sus pueblos, y esperasen la orden del sr. Alcalde mayor, y que hubiese más auxilio, porque aunque junto con los de Piddig, serían como 400 hombres, no servían para la multitud que ya eran los alzados, de que provino el que el pueblo de Dingras no se juntase con dicha gente”: *Ibid.*, 250.

³⁶ *Ibid.*, 40.

³⁷ En 1802 tenía 24.326 almas: APAF, leg. 98/7, Manila, 6-VII-1802, Manuel Aparicio, provincial.

deres se reunieron con el párroco agustino de la localidad, Manuel Arnáiz, al que expusieron por vez primera las razones que les habían llevado a rebelarse, fundando sus quejas en las extorsiones de los guardias, la disconformidad con los estancos, y en la recluta para las quintas de hombres casados y con hijos. Mateo y sus compañeros explicaron al agustino que estaban recorriendo las localidades de la provincia con el propósito de juntar personas para acudir a Vigan y exponer sus problemas al alcalde mayor allí residente. El religioso les indicó que no podían presentarse ante la autoridad blandiendo ningún arma, y que les resultaría más lógico realizar alguna presentación, actitud que les sería recordada por el resto de curas agustinos que encontraron en las siguientes localidades. Pero los cabecillas de la revuelta no habían juntado a tantas personas para hacer una carta protesta y regresar tranquilamente a sus localidades. Tenían claro que cuantos más efectivos sumasen más fuerza harían con sus exigencias. La tarde de ese día 20, se dejaron de buenas maneras y parlamentos, y desde su base en las afueras entraron nuevamente en Laoag llevándose a numerosos vecinos, después de tensiones y forcejeos con las autoridades locales y el propio P. Arnáiz, quien nos ha dejado esta vívida narración:

“Entre las cinco de la tarde se presentaron todos los alzados, cercando la Casa Real, Tribunal y plazuela e inmediatamente fui a la Casa Real, donde estaban los cabecillas altercando con el Gobernadorcillo para que abriese las puertas de la Casa Real y Tribunal, donde estaban los *cailianes* de este pueblo; volví a exhortarlos y que, por Dios, no alborotasen el pueblo, pues les oí decir que si no abrían las puertas pondrían fuego a la Casa Real, Tribunal y pueblo, y sin más oírme, mandaron dichos alzados tocar a la arma, que era una confusión de tambores y gritería; yo procuré hacer seña a los del Tribunal para que no disparasen, por evitar mayores inconvenientes, y hablar a los Alzados para el mismo efecto, y me volví para el convento por libertarme de alguna flecha si disparaban. Mandé llamar a los cabecillas, que vinieron enfrente del *bantay*, y los volví a hablar, y ellos empeñados en que les habían de acompañar los de Laoag, Les ofrecí que irían 10 con ellos, no condescendieron; ofrecíles 20, tampoco; 50, y que ya eran bastantes, que no me respondieron; y enfadado di orden al Gobernadorcillo para que los *cailianes* que quisiesen acompañarlos los acompañasen. Se les juntaron la multitud que están presos y otros que se volvieron del camino, y salieron todos fuera del pueblo donde durmieron hasta el día Lunes que se fueron a San Nicolás”³⁸.

³⁸ SANTIAGO VELA, *Papeles sobre asuntos filipinos*, 11 (1919) 313-314.

4. El puente de *Garasgas* y la derrota de Escobedo

El día 21 los alzados llegaron a San Nicolás, imparables en su progresión. Mientras tanto los párrocos agustinos del sur se afanaban en organizar la defensa, ahora con noticias fehacientes de los gobernadorcillos de Laoag y San Nicolás. Mediando una fluida correspondencia, los curas de Batac, Paoay y, el algo más alejado Badoc, trataron de sincronizar, no siempre con suerte, una estrategia en común. Establecieron centinelas en las principales entradas de sus pueblos y acordaron –al menos los de Badoc y Paoay– mandar todas las defensas al punto al que se dirigiesen las turbas. El primero en actuar, por encontrarse más próximo a San Nicolás, fue el ministro de Batac, el P. Francisco Antonio Abella. Previamente había enviado hacia San Nicolás dos remesas, una primera de trescientos setenta hombres, mayoritariamente *cailianes*, que partieron inmediatamente, y, una segunda, compuesta de otros doscientos, que salió algo más tarde³⁹. Al mismo tiempo, tampoco había descuidado la organización de la defensa del pueblo, que estaba ubicado en un terreno llano, en las márgenes de un pequeño riachuelo que lo dividía en dos partes⁴⁰. Pero, como ya había sucedido en Sarrat previamente, buena parte de la remesa enviada en auxilio, en torno a unos trescientos, se sumó a la rebelión al llegar a San Nicolás, lo que hace sospechar –como escribe el párroco de Batac– que ya antes de salir lo habían previsto, consiguiendo además juntar a otros tantos que en principio no tenían tal propósito⁴¹. Preocupado por haber quedado el pueblo sumamente expuesto a la insurrección, el P. Abella, en reunión con el gobernadorcillo y principales del pueblo, dispuso inutilizar el puente de *Garasgas*, sobre el río del mismo nombre, y vía de comunicación con los núcleos del norte. Se trataba de una operación arriesgada, por la inminente llegada de los rebeldes, que de haber salido bien quizá podría haber retrasado el camino de la sublevación hacia los pueblos más meridionales y la cabecera. Con el P. Abella acudieron al expresado puente los clérigos filipinos Agustín María Alvarado y Josef Ascaño, el español Domingo Gumulat, cabo de la renta, Juan Florentino, con sus guardias, y el resto de principales y capitanes pasados, entre ellos Cristóbal Borromeo de Quiravit, Salvador del Castillo, Esteban Nicolás de Quiravit y Marcelo Hilario. Estando en la lenta tarea de desmonte del puente aparecieron varios de los *cailianes* que habían sido enviados en auxilio de San Nicolás. Aparentemente representaban a las fuerzas que no se habían unido a la rebelión pero que tampoco habían querido luchar

³⁹ *Ibid.*, 312-319.

⁴⁰ BUCETA-BRAVO, *Diccionario geográfico*, I, 558.

⁴¹ SANTIAGO VELA, *Papeles sobre asuntos filipinos*, 11 (1919), 315.

contra ella. A su paso por el puente hicieron gala de una actitud sospechosamente desdeñosa, pues ni quiera se descubrieron, como era habitual, al pasar delante del religioso. Aparte, hicieron totalmente oídos sordos a las indicaciones del fraile agustino y los principales para colaborar en el sabotaje del puente, lo que hizo que fuesen vistos con prevención. En ese momento, proveniente del cercano monte Billota, estalló un inmenso griterío. Eran los alzados. Según cuenta el P. Abella, en esa situación sólo faltaba quitar dos palos para inutilizar totalmente el puente, y así evitar su uso, por lo que sin pérdida de tiempo se puso con toda celeridad a intentar concluir la faena, junto al mencionado Gumulat. Viéndose apremiado por la falta de instrumental decidió que lo mejor era prenderlo fuego directamente. Pero los rebeldes estaban cada vez más cerca y comenzaron a cercarles, hasta el punto de que el P. Abella, los clérigos y principales no tuvieron más remedio que salir al galope para evitar ser capturados. Entre medias, los auxilios que habían regresado de San Nicolás –aquellos *cailianes* recelosos– ya se habían unido en masa a la insurrección. Algo más tarde los alzados pusieron a punto el puente, que, presumiblemente, no había comenzado ni siquiera a arder. Más tarde, Abella envió desde el convento a su coadjutor, el bachiller Alvarado, para comprobar sus intenciones. Pero el presbítero, dirigiéndose hacia ellos, no tuvo más remedio que alejarse al ser respondidas sus intenciones por varias andanadas de flechas⁴². Al no encontrar más resistencias en Batac, los insurrectos se dirigieron hacia Paoay. En las horas siguientes el P. Abella predicó para ir contra los rebeldes, pero no encontró ninguna firmeza en la respuesta, sino más bien dudas e incluso recelos. En este sentido, resulta sorprendente, si nos atenemos a la tradicional consideración de la figura del fraile entre los nativos, que una mujer que asistía a la prédica, osó encararse con el padre, llegando al atrevimiento de decir que todo lo que decía eran embusterías, porque –según refiere el propio Abella– “con el título de Dios y del Evangelio, no hacíamos más que engañarlos para que los españoles les desollasen, pues éramos españoles (los frailes) como los demás”⁴³. Después, el párroco consiguió organizar una pequeña milicia para tratar de perseguir a los sublevados para vigilar sus movimientos. Partieron al grito de “¡Viva el Rey!” y regresaron al día siguiente después de haber patrullado en los alrededores.

Entre tanto, el alcalde mayor de Vigan, que tenía conocimiento de los pasos de los insurrectos, había enviado circulares a los párrocos agustinos de los pueblos fieles, como de los unidos a la insurrección, para que sumasen efectivos para acabar con ella. Al mismo tiempo había enviado hacia el norte

⁴² *Ibid.*, 314-317.

⁴³ *Ibid.*, 319.

—suponemos que en dirección a Paoay— una pequeña tropa organizada en dos rondas de guardias, con un cañón. El jueves 24 de septiembre, el destacamento, dirigido por el oficial español Tomás Escobedo, entró en el pueblo de Badoc, donde estaban los agustinos, Vicente Febres, párroco, que nos da cuenta de estos sucesos, y Antonio García, allí estante en espera de paso a su destino en Piddig. Por la tarde los alzados acamparon en las proximidades del río Badoc, muy cerca de la localidad del mismo nombre. Escobedo, al tener conocimiento de ello, dispuso rápidamente la marcha de sus hombres, en contra de la opinión del P. Febres, que creía más oportuno presentar batalla en otro punto no tan cercano, así como esperar a la llegada de al menos quinientos hombres de auxilio. Además, el fraile juzgaba arriesgado colocar el cañón en el llano, por lo fácil que sería su captura en caso de derrota. Los temores de Febres se convirtieron en realidad. La tropa de Escobedo salió a la planicie y resultó derrotada en apenas media hora, perdiendo treinta y nueve hombres, y treinta y dos fusiles, aparte del cañón. Fue la primera acción armada de escala de los insurrectos. El primer aviso de que no iban dispuestos a transigir. Las pérdidas serían sentidas especialmente en Manila, en donde había una concentración de oficiales ante el presentimiento de un inminente ataque inglés a la ciudad⁴⁴.

Tras vencer en el río los alzados encaminaron con gran griterío sus pasos a Badoc, con la idea de capturar a los soldados vencidos que habían huido hacia la casa parroquial, como para buscar más efectivos y suministros. Escobedo, por su parte, se dirigió directamente hacia Sinait, en donde entró a la desesperada unas horas más tarde. El P. Febres dice en su informe llegar a temer por su vida, pero, haciendo de tripas corazón, se expuso ante los insurrectos al intentar evitar el asalto de la despensa del convento y la captura de los restos de la partida de Escobedo. Con una cruz en la mano se metió entre la multitud enfervorizada, apaciguándolos por unos momentos:

“...entonces tomando un Cristo en las manos me presenté desde una ventana a la multitud, predicando penitencia, enmienda y quietud; que de quererme matar allí estaba y no había porque alborotar tanto: que el pueblo tenía muchos enfermos y mujeres en cinta que peligraban sus vidas con aquella vocería tan descompuesta; llegó mi enardecimiento a no poder gañir. Entonces soltando muchos los arcos se pusieron de rodillas gritando que no querían matarme, que sólo buscaban los Guardas escondidos en el Convento⁴⁵”.

⁴⁴ *Ibid.*, 377-379. Citan la misma información: MAS, *Informe*, I, 51 y MONTERO Y VIDAL, *Historia general*, II, 386.

⁴⁵ SANTIAGO VELA, *Papeles sobre asuntos filipinos*, 11 (1919), 378.

El P. Antonio García, testigo de lo acaecido, cuenta cómo la intervención de Febres produjo que algunos de los alzados entregasen sus armas, y entre ellas el cañón que habían quitado a la tropa de Escobedo unas horas antes⁴⁶. A continuación, se vivió en Badoc un capítulo similar a lo acontecido días atrás en Laoag, con el P. Arnáiz. Llegada la noche, Vicente Febres habló durante varias horas con diversos cabecillas de los alzados, con los que supuestamente acordó realizar una presentación, redactada por el párroco, en donde se recogiesen las quejas sobre el estanco y las reclutas. Pero al día siguiente, 25 de septiembre, pronto de mañana, nadie se hizo responsable de ese acuerdo. Los cabecillas no aparecían por ningún lado, a pesar de la búsqueda impetuosa del propio Febres entre casas y calles, mientras que los rebeldes estaban recorriendo Badoc, tocando a tambor, agitando banderas y haciendo bajar a la gente de sus casas para unirlos a la rebelión para marchar a Vigan. En aquel trasiego de idas y venidas, el P. Febres se topó con Pedro Mateo, al que las fuentes tienden a considerar con más insistencia como el cabecilla principal. Después de porfiar media hora con el agustino, Mateo terminó por desautorizar el acuerdo firmado con los cabecillas diciendo que no tenían “facultades para tanto”, lo que sugiere la existencia de varias sensibilidades entre la amalgama heterogénea de alzados, o la falta de un liderazgo fuerte. Después el líder insurrecto partió con el resto de amotinados hacia el sur⁴⁷.

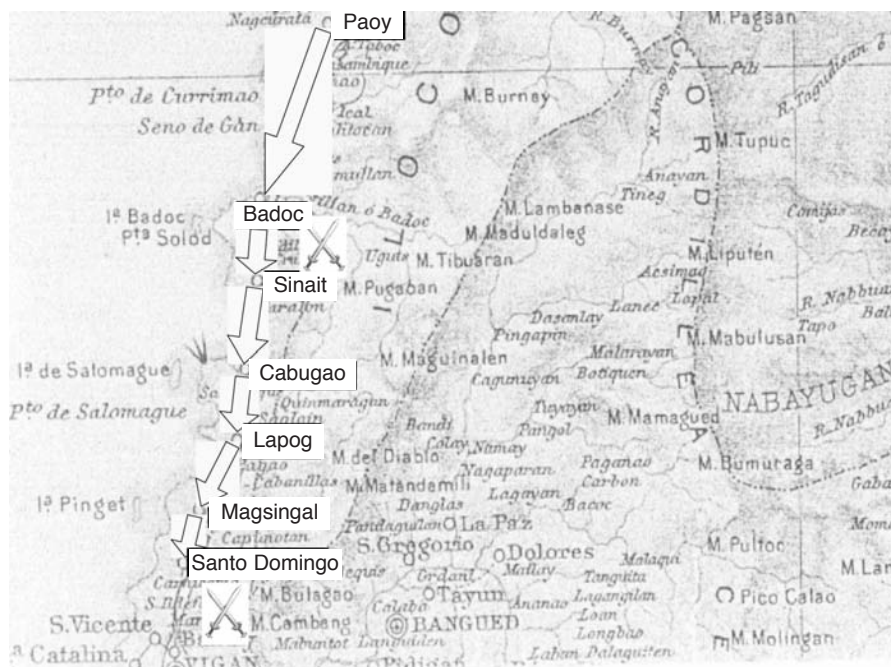
Los alzados continuaron sumando más simpatizantes a su causa en su desplazamiento imparable hacia Vigan. En todo este tiempo no había dejado de funcionar el sistema de comunicaciones entre el alcalde mayor, los párrocos agustinos y los gobernadorcillos de las diversas localidades. Al poco de partir de Badoc, llegó una comunicación del alcalde mayor, en la que se mostraba dispuesto a que los rebeldes comisionasen dos o tres apoderados para tratar sus demandas, con la facultad de elegir un sacerdote, y prometiéndoles todo lo que estaba de su mano si se retiraban para sus casas. El P. Vicente Febres se desplazó hasta Sinait, donde ahora se encontraban los insurrectos, para dar cuenta de la propuesta. La transmisión de la oferta de la alcaldía parece que satisfizo a algunos de los alzados, pero fueron acallados por la violencia ejercida por varios de sus dirigentes, que a culatazos les impidieron marcharse. Los líderes seguían impertérritos en su voluntad de presentarse en la capital de la provincia. Febres escribió al alcalde aconsejándole que enviase dos comisionados por los pueblos del norte, para que notificasen en ilocano las falsedades que se habían propalado sobre los estancos, y el castigo al

⁴⁶ *Ibid.*, 252.

⁴⁷ *Ibid.*, 379.

que quedaban expuestos los transgresores⁴⁸. El agustino, recogiendo información del clérigo de Sinait, también advirtió a la autoridad que los rebeldes tenían intención de clavar los cañones –es decir, inutilizarlos introduciendo un clavo en su interior–, como del propósito de entrar en Vigan a través de Santa Catalina, zona más boscosa donde podrían guarecerse y disponer de artillería. Según ciertos rumores, quizá exagerados, los alzados contaban con apoyos en Manila, y, posiblemente en Pampanga⁴⁹.

Figura 3. Tercio sur de la provincia de Ilocos. Recorrido final de la rebelión



No conocemos datos exactos del número de rebeldes, pues la única cifra que nos aportan los informes es la de tres mil o cuatro mil, aunque probablemente puede que se hubiesen sumado más tras la derrota de la pequeña tropa española. A estas alturas, la marcha había adquirido cierta organización, y quizá un mayor liderazgo. Por de pronto, los alzados disponían de una caballería que guardaba la retaguardia y tenían cierta capacidad de organización

⁴⁸ *Ibid.*, 380.

⁴⁹ *Ibid.*, 381.

táctica a nivel de campamento. Noticias, todas ellas, que nos confirma un “tapado”, o infiltrado entre ellos, que respondía al nombre de Castro⁵⁰.

En Magsingal, localidad más al sur y ya muy próxima a la cabecera, el día 24 de septiembre por la tarde, apareció Tomás Escobedo portando las noticias de su descalabro en Badoc, y suponemos que en paso acelerado hacia Vigan. El párroco de Magsingal, el P. Justo Hermosa, ya había comenzado los preparativos para su defensa tras tener conocimiento de la revuelta desde varios días atrás. A tal fin, envió despachos, distribuyó espías para recabar información de los alzados, apostó centinelas y arengó a sus feligreses recordándoles sus obligaciones como “fieles vasallos”. Fue especialmente ingenioso en la disposición de los mensajeros, situándolos en trechos protegidos, y consiguiendo que ninguno de ellos fuese capturado. En la mañana siguiente, después de tocar a tambor, el P. Hermosa dispuso la partida de en torno a veintisiete *cailianes* y principales para recibir instrucciones del alcalde mayor en Vigan⁵¹. Se suponía próxima la llegada de los insurrectos.

El sábado 26 de septiembre los ilocanos de Pedro Mateo hicieron su aparición en Magsingal, tras haber sumado muy seguramente nuevos refuerzos en los pueblos de Cabugao y Lapog. El P. Hermosa acudió a reunirse con algunos de los cabecillas en el tribunal de la localidad, donde se repitieron ciertas escenas de falta de respeto, como la de aparecer con el sombrero calado ante el fraile. El agustino conversó con los líderes Anselmo Barad y Alejandro Ventura y otros tantos rebeldes allí juntados, reprochándoles sus acciones e instándoles a hacer una presentación a la autoridad. Parece que la conversación subió de tono y que alguno de los alzados se encaró con el religioso amenazándole con su arma, pero que el citado Barad apaciguó a los alterados. Los rebeldes pasaron la noche en Magsingal, no sin antes provocar ciertos altercados con disparos de fusil o incendiar un *tambobong* (granero). Al día siguiente abandonaron el pueblo para continuar su camino. El P. Justo Hermosa se negó a darles o venderles arroz, justificándose en tener “feligreses pobres que atender”⁵².

5. La reordenación de la retaguardia por los frailes agustinos

Mientras Vigan estaba al alcance de la mano de los alzados, los párrocos agustinos de la retaguardia, respondiendo a una orden de la alcaldía mayor de Vigan de reunir efectivos para dirigirse al sur, habían comenzado a organizar

⁵⁰ *Ibid.*, 381-382

⁵¹ *Ibid.*, 12 (1919), 149.

⁵² *Ibid.*, 152.

la defensa y contraofensiva. La labor no estuvo exenta de dificultades, pues parece que en algunos de los pueblos se habían quedado simpatizantes de los rebeldes. El P. Agustín Díez, párroco de Piddig, localidad donde había estallado el alzamiento, desconfiando de los *cailianes* convocó a aproximadamente ciento catorce principales para partir a Paoay, pero un grupo de insurrectos de Bacarra les repelieron⁵³. Similares dificultades encontró el P. Ramón López, cura de Paoay. Parece que en algún punto entre Badoc y Sinait se había conseguido juntar, al menos durante tres días, una destacada fuerza de auxilio compuesta por naturales de Batac, Dingras, Laoag, San Nicolás, Sarrat y Bacarra, y que los de este último pueblo se enzarzaron en una trifulca con los de Dingras y su visita de Santiago, de los que desconfiaban por ser próximos a los rebeldes⁵⁴.

Mientras esos refuerzos se organizaban en los pueblos más septentrionales, el P. Vicente Febres reorganizó meticulosamente la defensa de Badoc, localidad que se antojaba como clave de contención para todo el norte. En caso de que los alzados triunfaran en Vigan, tendrían que hacer frente a una reacción a sus espaldas. Febres comenzó excitando el ánimo de sus feligreses con sermones patrióticos y con rogativas. Gastó abundante plata para comprar cañas con que cercar el pueblo, amuralló el campanario con piedras y dispuso en él abundantes flechas, comida y agua, y, para evitar problemas barrenó el cañón, de nombre *Violento*, que habían dejado allí los alzados. Más adelante lo quitaría el clavo para emplazarlo dentro de una estacada fabricada en los alrededores del convento⁵⁵. Se fijaron turnos de rondas, con órdenes de apresar a cualquier alzado y llevarlo con los ojos tapados a prisión, para que no tuviese conocimiento de los preparativos en caso de fuga. El agustino se desplazó a caballo a los vecinos núcleos de Batac y Paoay para redotar refuerzos, y en cumplimiento de las últimas órdenes de la alcaldía mayor. De Bacarra llegaron en este tiempo algunos efectivos, a los que su párroco, el P. Manuel Salcedo, proporcionó hasta ochenta cestos de arroz, pagados por él mismo, por no tener entonces palay en el convento con que suministrarles⁵⁶. Con los auxilios juntados el P. Febres ordenó avanzadillas en las lomas del sur, para avisar con tiempo si regresaban los alzados. Sufragó todos los gastos con los fondos del convento, quedándose –según constata– “sin nada”, incluso sin su apreciado aguardiente. Mientras terminaba de organizar las empalizadas escribió al párroco de Dingras para que le proporcionase quinientos hombres

⁵³ *Ibid.*, 11 (1919), 250-251.

⁵⁴ *Ibid.*, 12 (1919), 43.

⁵⁵ MAS, *Informe*, I, 51.

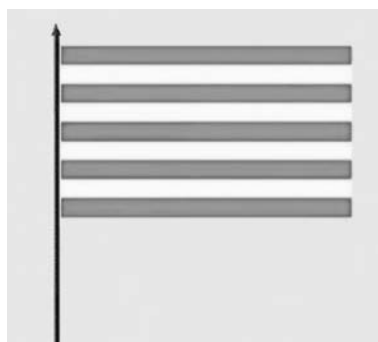
⁵⁶ SANTIAGO VELA, *Papeles sobre asuntos filipinos*, 11 (1919) 253.

más, bien armados y a satisfacción, y al alcalde mayor para que le enviase un militar español de su confianza. Febres se mostraba dispuesto, en caso de que éste llegase, a entregarle hasta setecientos pesos, con recibo justificativo, pero con una cláusula precisa: que no emprendiese ninguna acción sin consultarlo con él, “por las muchas luces y noticias que le podía dar del terreno e intrigas de los indios, y que sólo diciendo el Padre que consideraba ventajoso el ataque se emprendiese, para evitar la desertión que podía resultar de un acto temerario, y que nos quedásemos sin gente”⁵⁷. No fuese a ocurrir lo mismo que con Escobedo, quien había sido derrotado sin ni siquiera tener en cuenta las indicaciones del fraile en torno al medio y sus habitantes. Lo cierto es que no llegó ningún legado militar del alcalde, porque en el momento en que se escribió la carta los alzados estaban a punto de ser derrotados.

Más al sur, los alzados habían emprendido su último tramo. El 27 de septiembre se encontraban en Santo Domingo. La llegada a Vigan parecía inminente. El agustino P. Hermosa, ministro en Magsingal, dispuso la partida de en torno a veintisiete principales y *cailianes*, cuyo propósito era dirigirse hacia San Vicente para contactar con las defensas de Vigan. El pequeño grupo soslayó la vigilancia de los rebeldes. Por la noche, el párroco de Magsingal ideó una ingeniosa treta: después de enviar más espías y otear los parajes cercanos con centinelas, ordenó duplicar el ruido de los tambores e incrementar las luces para hacer creer a los insurrectos que era muy abundante el número de los leales. Igualmente dispuso un sistema de señales desde la torre de la iglesia con los montes cercanos para comunicar cualquier incidencia entre los defensores⁵⁸.



Enfrentamiento de los rebeldes *ilocanos* con las tropas españolas el 28 de septiembre de 1807 a orillas del río Bantaoay. Pintura de Esteban Villanueva



Bandera empleada por los alzados *ilocanos* según pintura de Esteban Villanueva (museo del Padre Burgos Vigan)

⁵⁷ *Ibid.*, 381.

⁵⁸ *Ibid.*, 12 (1919), 153.

Un poquito más abajo, en el pueblo de Bantay, anexo de Vigan, el párroco agustino Juan Arriortúa, al tener constancia de la llegada de los alzados se desplazó rápidamente hasta Santo Domingo. Nuevamente, trató de convencerles de abandonar las armas y realizar una presentación para exponer sus quejas. Fray Arriortúa no parlamentó con Pedro Mateo, al que ni siquiera cita en su informe, sino con unos cabecillas mayores a los que varios alzados señalaron como líderes. Parece ser que esta vez sí que acordaron redactar una protesta, en la que expresaban los lamentos conocidos, concretamente: “el sentimiento que tenemos por estar estancado el tabaco y el basi, y nos sacan a fuerzas para soldados a cuyo fundamento se apartan los casados de sus mujeres, sin voluntad de nuestro Dios siendo así que nuestra Santa Madre Iglesia previene que no se separen los casados sino que uno de ellos llegue a fallecer”⁵⁹. Pero, a estas alturas, el alcalde mayor no estaba dispuesto a transigir. El señor Alonso Corrales y Lema remitió un ultimátum exigiendo el desalojo de Santo Domingo antes de las 9 de la mañana del día siguiente, sino querían verse expuestos a ser expulsados a “bala y pólvora”.

6. La derrota de los alzados

Poco después, seguramente a lo largo de esa tarde, los alzados comenzaron a salir de Santo Domingo con la idea de dirigirse a la casa real de Vigan. La señal de marcha fueron dos tambores y dos tiros. El P. Arriortúa, que presencié la escena, salió al galope del pueblo, temiendo que le apresasen los rebeldes, para que la alcaldía mayor estuviese avisada y dispuesta.

No hubo tiempo para mucho más. El día 28, en algún punto en las proximidades de Santo Domingo, junto al río Bantaoay, el gran tropel de alzados, que en los últimos doce días había recorrido la mayor parte de la zona norte de la provincia, se encontró finalmente con las tropas comandadas por el alcalde mayor⁶⁰. Hasta ese momento nada ni nadie había podido frenarles. Los párrocos agustinos de las localidades por las que transitaban no habían conseguido que desistiesen en su actitud, pero, a cambio, habían podido informar con un buen grado de detalle a la autoridad pertinente. No sabemos cómo se desarrolló la batalla –no fue presenciada por ningún agustino–, ni el número de efectivos aproximado en un lado o en otro⁶¹. De lo que sí tenemos constancia es que

⁵⁹ *Ibid.*, 208.

⁶⁰ Artigas y Cuerva denomina el lugar “Bantauag”: M. ARTIGAS Y CUERVA, *Historia de Filipinas*, 286-290.

⁶¹ Juan Tadeo Jiménez, administrador de la renta de tabacos, explica en un informe del Archivo Nacional de Filipinas que el alcalde mayor dirigió la lucha contra algunos miles de su-

la tropa española, compuesta por nativos de Batac, Santa Ana, Narvacán y Santa María, derrotó a los rebeldes, que a partir de entonces comenzaron una veloz huída hacia sus pueblos de origen. Del enfrentamiento sí que ha quedado una serie de catorce tablas al óleo que hoy día existen en el museo del P. Burgos, en Vigan, pintadas en 1821 por el filipino Esteban Villanueva, señalado indistintamente como testigo del enfrentamiento. En ellas se recogen varias secuencias de la insurrección y lucha, subtitulada por el pintor como “sangrienta”, al paso que se puede apreciar una bandera o insignia supuestamente usada por los rebeldes, y de la que se desconoce su origen, autenticidad o significado.

Otra vez son las fuentes agustinianas las que nos proporcionan noticias de la retirada de los alzados. Es posible que los rebeldes trataran de agruparse en algún punto del norte. A su paso por Magsingal, un cabecilla, llamado Barrigón, trató todavía de establecer sin éxito algún tipo de mediación con el párroco Justo Hermosa mediante la confección de una presentación con las demandas de los insurrectos. El “no” del agustino se encontró con las desafiantes palabras del insurgente: “serán aniquiladas las islas sino se accede a lo que pedimos”. Antes de abandonar Magsingal fueron saqueadas varias casas y se intentó asaltar el convento, pero quizá la proximidad de las huestes del alcalde mayor les obligó a abandonar rápidamente la población, dejando atrás algún herido. Los rumores recogidos por el párroco apuntan a que los restos de la revuelta se dirigían a Badoc, con el ánimo de matar a su fraile y pasar a “sangre y fuego” la localidad, “por haber dejado libre a los soldados”, entendemos que a los supervivientes de la derrota de la tropa de Escobedo⁶².

En Badoc el P. Vicente Febres había sido informado por carta del gobernadorcillo de Sinaít de las intenciones de los alzados que subían para el norte. Ya hemos visto que el agustino no había dejado de fortificar y pertrechar el pueblo desde que los insurrectos lo abandonaron en su paso hacia Vigan. Ahora, con el enemigo más cercano, realizó instrucción sobre el orden que habían de guardar sus habitantes en la refriega, repartió banderas que habrían de ser empleadas como contraseñas, y entregó doce *shintines* a cada gobernadorcillo para la comunicación entre la tropa. Se estableció que el convento sería el punto final de retirada, al que habrían de ir las mujeres en el estallido de las hostilidades. Ordenó que todas las casas tuviesen *tabones* (cubos de agua), como ya los tenían la iglesia y el convento. Recorrió las posiciones, junto al clérigo P. Alvano, animando a la defensa, intentando ahuyentar el miedo por los rumores de que los alzados aún eran muchos y recordando lo

blevados. *Philippine National Archives* (PNA), Tabacos, Ilocos Norte, 1807. Consulta de 7 de octubre de 1807.

⁶² SANTIAGO VELA, *Papeles sobre asuntos filipinos*, 12 (1919), 155-156.

importante de resistir en Badoc para dar tiempo para reorganizarse a los pueblos del norte. En última instancia el P. Febres se quedó a la espera, junto a su criado, Vicente Zucimos, y Policarpo Comlejo, soldado licenciado en Manila, amparando al cañón *Violento*, con pistolas y escopetas, y dejando dicho que se echase clavos y martillo en caso de que los alzados desbordasen las defensas⁶³.

Para fortuna del agustino Vicente Febres y los habitantes de Badoc, los alzados no atacaron la localidad. Posiblemente, tras abandonar Magsingal, donde tenemos constancia de que aún estaba entre ellos Pedro Mateo, habían comenzado a dispersarse ante la hostilidad de los soldados del alcalde mayor. Después, los partes de los frailes agustinos abundan en la captura de rebeldes o cabecillas aislados, como el de Pedro José y Domingo Aguinaldo, en Piddig⁶⁴, que fueron enviados a la cabecera, como la intranquilidad que reinó en los pueblos en los días siguientes. Muchos de los curas de esas localidades mantuvieron las rondas de centinelas durante varias semanas. E, incluso, el activo cura de Badoc, el P. Febres, escribió a la alcaldía rogando enviasen tropas europeas para que reconociese en profundidad el terreno.

El capítulo final de la revuelta de 1807 concluyó con la condena a muerte de los cabecillas encausados. No conocemos el desarrollo del proceso, ni la fecha ni el nombre de los ajusticiados, aunque seguramente pudiese estar entre ellos el mencionado Pedro Mateo. Sólo tenemos constancia, por ciertas fuentes, de que en torno a cinco o seis de los líderes fueron ahorcados en Vigan, y que de este modo las autoridades dieron por finado el alzamiento⁶⁵. La historiografía española ha sido generosa en el reconocimiento patriótico de los agustinos, como lo fue desde el primer momento la autoridad metropolitana. El 21 de abril de 1808 la Real Audiencia transmitió al provincial agustino, Joaquín Martínez de Zúñiga, el agradecimiento por los trabajos de persuasión y quietud de los religiosos agustinos, con mención honorífica a los párrocos de Badoc y Bantay, Vicente Febres y Juan Arriortúa⁶⁶.

La rebelión de 1807 formó parte de un ciclo de revueltas campesinas que reapareció, con otras motivaciones, más o menos similares, en 1811 y 1815-1816 en Ilocos. Todas ellas, de alguna manera, fueron una contestación a los esfuerzos gubernamentales por someter a mayor control administrativo y ha-

⁶³ *Ibid.*, 11 (1919), 382-383.

⁶⁴ *Ibid.*, 247-254.

⁶⁵ MAS, *Informe*, I, 51; MONTERO Y VIDAL, *Historia general*, II, 386. Este último autor no proporciona el número de ejecutados, haciéndolo por el contrario el primero de los mencionados.

⁶⁶ APAF, leg. 203/2-b, 21-IV-1808, 2 hojas.

condístico aquellas regiones. La de 1807 fue la primera del siglo XIX. Los informes publicados por el agustino Gregorio de Santiago Vela en 1919-1920, basados en una copia de un original del que desconocemos su existencia, salvo que estuvo depositado en el archivo del convento manileño de San Agustín, siguen constituyendo la fuente principal impresa para la reconstrucción de aquellos sucesos tan poco conocidos. Gracias a ellos, si bien desde una óptica parcial, conocemos con una fidelidad muy aceptable el desarrollo puntual de la insurrección, sus razones y su conclusión, perspectivas que enriquecen las narraciones que hasta el presente han aportado los historiadores que han referido aquellos acontecimientos. En la génesis de la insurrección estuvo el malestar contra los desabastecimientos e injusticias que generaban los estancos sobre el tabaco y los licores, especialmente el referente al vino basi-nombre con el que es más conocida la rebelión-, así como los abusos de los oficiales encargados de velar por su administración. La desertión en masa de numerosos quintos desde la capital de la provincia de Ilocos, Vigan, fue el chispazo de la revuelta. Una vez en marcha, algunos miembros minoritarios de la principalía, se pusieron a su frente, sabiendo captar interesadamente los ánimos de los *cailianes*. Parece que los alzados no tuvieron una única voz, pero que sobre todos ellos destacó Pedro Mateo, muy probablemente uno de esos principales desafectos. La rebelión duró poco tiempo, pero fue capaz de mostrar cierta estructura organizativa, táctica y mucha determinación. A pesar de su derrota y de la relativa pacificación de la zona, el gobierno de Manila miró con cierta prevención Ilocos, pero actuó con desesperante lentitud, a juzgar por su inacción en los años siguientes. Los superiores agustinos, recogiendo indicaciones anteriores (propuesta del alcalde mayor Antonio Zurbitu), aconsejaron dividir la extensa provincia de Ilocos, para administrar mejor la defensa del territorio en caso de nuevos conatos. Su prior, Martínez de Zúñiga fue muy insistente en ello⁶⁷. Las autoridades realizaron esa partición diez años más tarde, después de otras dos nuevas revueltas.

⁶⁷ Decía el 29 de junio de 1808: “A nadie duele esto más que a mí, que tengo treinta súbditos expuestos a ser víctimas de un alzamiento: en la primera sublevación los Religiosos sosegaron a los amotinados [1788]; en la segunda no los oyeron, y fueron necesarias las armas de SM [1807], y acaso en la tercera acabarán con ellos, y aunque esto no suceda, no es pequeña infelicidad vivir continuamente bajo la espada de Damocles”: SANTIAGO VELA, *Papeles sobre asuntos filipinos*, 12 (1919), 275.